

con el cuerpo, pero nuestros hermanos han combatido con el espíritu, y si Dios nos ha conservado, ha sido por sus oraciones. »

Después de su regreso no gozó mucho tiempo del fruto de su viaje. La tormenta que había tratado de apaciguar continuó con más violencia que nunca. Hemos dicho que el emperador había reunido un concilio en Sidón con la intención de destruir en él cuanto se había hecho en el de Calcedonia. Elías de Jerusalén y Flaviano de Antioquía habían asistido, donde habían hecho abortar los perniciosos designios de los hereges. Por esto el emperador se había irritado contra Elías, como hemos dicho que lo había manifestado á san Sabas ; pero puesto el impío Severo sobre la silla de Antioquía, en lugar de Flaviano, y habiendo Elías rehusado el recibir sus cartas sinódicas, el emperador se encolerizó de tal modo contra él, que envió á Olimpo, duque de Palestina, para que lo echara de su silla, y en su sitio colocó á Juan, hijo de Marciano, quien había sido guardian de la santa Cruz, el cual prometió abrazar la comunión de Severo, y pronunciar anatema contra el santo concilio de Calcedonia.

Así que san Sabas hubo sabido que los diputados de Severo habían llegado á Jerusalén, para llevar sus cartas sinodales á Elías, acudió á esta con otros muchos superiores, y estando todos reunidos en el Calvario con gran número de monjes y el pueblo de Jerusalén, pronunciaron público anatema contra Severo y contra los que comunicaban con él, en presencia misma de los oficiales y soldados que habían mandado para forzar á Elías á recibirle en su comunión. Después cuando Juan fué colocado en lugar de Elías, san Sabas y los otros Padres del desierto, advertidos de la promesa que había hecho al duque Olimpo en perjuicio de su fé y de su conciencia, fueron á conjurarle para que de ningún modo comunicara con Severo, y se

expusiera á todo sufrimiento para sostener el concilio de Calcedonia, asegurándole que ellos le ayudarían en cuanto pudiesen.

Juan, movido de respeto hácia ellos, siguió su dictamen y retractó la palabra que había dado á Olimpo ; lo cual así que lo supo el emperador envió uno llamado Anastasio, hijo de Pamfila, á Jerusalén, donde sorprendió al patriarca y le metió en la cárcel pública. Poco tiempo después le sacó de ella esperando que ejecutaría la promesa que había hecho á Olimpo ; pero cuando estuvo en libertad, avisó de noche á todos los monjes que se presentasen á Jerusalén. Acudieron diez mil, y resolvieron reunirse en la iglesia de san Estéfano, siendo la de la santa Resurrección, que era la catedral, demasiado pequeña para tanta gente.

Estando, pues, todos reunidos, tanto los monjes como los habitantes de Jerusalén, se les presentaron Anastasio y el cónsul Zacarias. Hipaco, nieto del emperador, acudió también ; había ido á Jerusalén para cumplir un voto, habiendo sido librado de la prisión de Vitaliano. Juan subió á la presidencia, teniendo á su lado á san Sabas, jefe de los anacoretas, y á san Teodosio, jefe de los cenobitas. Anastasio aguardaba ver ejecutar las voluntades del emperador : pero el pueblo estuvo gritando durante muchas horas : « Anatematizad á los herejes y confirmad el concilio. » A estos gritos todas las tres clases respondieron con voz unánime, y anatematizaron á Nestorio, Eutiques, Severo de Antioquía, á Soterico de Cesárea y á cualquiera que rehusara recibir el concilio de Calcedonia. Después de esta auténtica protesta de su fé descendieron de la presidencia, y san Teodosio volvió á subir un momento después, y dijo de nuevo á todo el pueblo : « Si alguno no recibe los cuatro concilios como los cuatro evangelios, que sea anatematizado. »

Una firmeza tan inesperada asombró al duque Anastasio,

quien se fué á Cesárea; y el nieto del emperador protestó con juramento á los abades de que había ido á Jerusalén para entrar en su comunión, sin que jamás hubiese tenido parte en la del ímpio Severo. Ofreció cien libras de oro para el santo Sepulcro, el Calvario y la santa Cruz, y dió otras tantas á los santos Teodosio y Sabas para que las distribuyeran entre los monjes de su país.

El emperador no tardó en ser sabedor de cuanto había sucedido, y formó el designio de emplear la fuerza para desterrar al obispo Juan y á los santos Sabas y Teodosio; pero habiendo llegado á Jerusalén la noticia de esto, todos los monjes se reunieron y formularon una protesta en forma de demanda, que le enviaron en nombre de Teodosio y de Sabas, archimandrita, y de todos aquellos que, en la ciudad santa, en el desierto del rededor y en el Jordán eran los jefes de los monjes, los celosos defensores de la fé y los modelos de todos los solitarios por una piedad tal, que los hacía soberanamente respetables. Esta exposición decía en substancia, que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, y Dios mismo, Rey y Emperador de todo el universo, no le había confiado el imperio más que con dependencia de su autoridad suprema, y con el fin de que se sirviera de él para procurar la paz en las iglesias, principalmente en aquella que era la madre de las otras, en la cual el misterio de la salud había sido manifestado y consumado; habiendo el Evangelio visto la primera luz en Jerusalén, desde donde voló hasta las extremidades de la tierra.

« Nosotros, pues, añadieron, que tenemos la dicha de habitar en esta tierra santa, desde el principio hemos recibido la fé de este misterio, no por imaginación, sino realmente de la boca de los Profetas y de los Apóstoles por la cruz de Jesucristo, su sepulcro y todos los Lugares santos que aquí se adoran, y la hemos conservado hasta el presente, por la gracia de Jesucristo, en toda su integridad. Así, es-

tamos resueltos á guardarla inviolable, con el auxilio de esta misma gracia, *sin dejarnos amedrentar por sus adversarios*. (Philip. 1-28), *ni arrastrar por todo viento de doctrina* (Ephes, 4-5), *ni sorprender* por los perniciosos artificios y las vanas subtilidades de aquellos que no tienen otra mira que seducir las almas candorosas con su perversa doctrina.

« Nosotros estamos asombrados de que, por más que hayais sido nutrido en esta santa creencia, se haya levantado bajo vuestro imperio una borrasca tan grande contra la madre de las Iglesias, la santa Resurrección, esta Iglesia que es el refugio y el asilo de todo el mundo; de suerte que los obispos, los sagrados ministros, los solitarios, han sido expulsados de ella con violencia, posponiéndolos á los paganos, á los Judios, y á los Samaritanos, y arrastrados por medio de la ciudad á unos lugares profanos é impuros, para obligarlos á hacer cosas que vulneran la fé, de modo que los forasteros que aquí vienen en devoción para su edificación y provecho de sus almas, se vuelven escandalizados á su país.

« Si por causa, pues, de la fé se ataca así á la ciudad de Jerusalén, que es el ojo y la farola del universo, según estas palabras del Profeta: *La ley saldrá de Sión, y la palabra de Dios de Jerusalén*, de esta ciudad santa, que aquellos que la habitan tocan con sus propias manos los lugares sagrados, donde los divinos misterios fueron operados, ¿ cómo después de quinientos y tantos años de la venida de Jesucristo, se pretende enseñarnos nuestra creencia? ¿ La reforma que ahora se quiere introducir en ella, puede venir de Jesucristo? No es más bien la doctrina del Anticristo, que no tiende más que á romper la unión y á turbar la paz de las iglesias de Dios, rellenándolo todo de desorden y sedición.

« El autor de todos estos males es Severo acéfalo, del

cual Dios ha permitido por nuestros pecados la elevación sobre la silla de Antioquía, que sólo ocupa para la perdición de su alma y la ruina de la república cristiana, y quien tiene el atrevimiento de lanzar anatema contra la fé del concilio de Nicea y contra los santos Padres que la han defendido hasta el presente. Nosotros rechazamos con horror la comunión de ese acéfalo; nosotros ninguna unión tenemos con él, y suplicamos á vuestra piedad se apiade de Sión, la madre de todas las Iglesias, la protectora de vuestro imperio, y que no obstante es tratada con tanta ignominia.

« Ordenad que se haga cesar la tormenta con que ella es agitada tan violentamente; pues, desde el momento que se trata de la fé, si es preciso elegir entre la vida ó la muerte, antes preferimos morir. Nosotros estamos en la constante resolución de no comunicar jamás con los enemigos de la Iglesia de Dios, cuyos vanos anatemas menospreciamos, ateniéndonos inviolablemente á la fé de los Apóstoles, en la cual ponemos toda nuestra gloria y esperanza. Nosotros nos unimos todos en una misma fé y unos mismos sentimientos para recibir los cuatro santos concilios, que espresan el mismo sentido de la doctrina evangélica en diferentes palabras, como habiéndose celebrado en diferentes tiempos. El primero es el concilio de Nicea, convocado contra el rey de los impíos, Ario. También nos creemos en la obligación de recibir los otros tres posteriores á él, como hemos recibido éste. El de Constantinopla, contra la impiedad de Macedonio; el de Efeso, contra el detestable Nestorio; y el de Calcedonia, contra el malvado Eutiques. Conteniendo estos cuatro concilios la doctrina pura del Evangelio, jamás se nos podrá separar de ellos, ni unirnos á aquellos que no los acatan, aun cuando nos amenazaran con mil muertes; y á fin de que vuestro poder imperial quede bien instruido de nuestra fé, y para que

no se le dé á entender que admitimos los dogmas de Nestorio, os declaramos que anatematizamos á ese hereje que divide á Jesucristo; pero también lanzamos anatema, con el concilio de Calcedonia, contra Eutiques, quien confunde la divinidad y la humanidad santa de Jesucristo.

« Después de esta declaración, suplicamos á vuestra Serenidad haga cesar los males que se cometen todos los días contra la santa Ciudad y contra nuestro santo arzobispo Juan, por los enemigos de la fé, quienes hasta osan autorizarse en sus vejaciones bajo pretexto de la piedad. Protestamos á vuestro poder imperial, delante de Dios y de sus ángeles, que no podemos consentir en innovación alguna sobre la fé, ni en comunicar con los acéfalos. Antes sufriremos que se derrame nuestra sangre y que se abrasen los santos Lugares; pues ¿para que sirven los nombres que se les da, si realmente se profanan con violencias? *Que la paz del Señor, que sobrepuja á toda inteligencia* (Philip. 4-7), conserve su Iglesia, y haga cesar con sus órdenes todos estos escándalos, á gloria suya y á honor de vuestro reino. »

De esta declaración se hicieron cuatro copias, una para Juan, patriarca de Jerusalén, y otra para los gobernadores; las otras dos las enviaron á Constantinopla para el emperador y el patriarca de esta ciudad. El emperador Anastasio habiéndola recibido, fué aconsejado que se apaciguara, porque tenía bastante que hacer con Vitaliano, quien había reanudado la guerra; así es que el patriarca Juan no fué expulsado de Jerusalén. No repetimos aquí lo que hemos dicho en el artículo del patriarca Elias, que nuestro Santo fué á ver en su destierro y asistió á la muerte. Al mismo tiempo llegó la del emperador Anastasio, y cambió la faz de los asuntos de la Iglesia. Justino, que le sucedió, ordenó que todos aquellos que habían sido desterrados fuesen llamados, y que se pusiera el santo concilio de Calcedonia en los dípticos. Así que hubieron

llevado esta orden á Jerusalén, san Sabas acudió allí; donde también se reunieron gran multitud de monjes y laicos, en cuya ciudad los obispos celebraron un concilio. Se publicó la orden del emperador; pusieron los cuatro concilios en los dípticos, y se cumplió cuanto san Sabas había predicho del emperador Anastasio.

Al mismo tiempo el patriarca Juan lo envió, con algunos otros abades, á Juan de Cesárea y á Teodosio de Escitópolis, para darles parte de las cartas del emperador y decirles que habían puesto los cuatro concilios en los dípticos. Allí estas nuevas fueron recibidas con indecible alegría, y se conformaron con grande solemnidad á lo que se había hecho en el concilio de Jerusalén.

El santo hizo algunos milagros durante su permanencia en Escitópolis. Vaticinó que cierto Samaritano, hombre muy poderoso y de valimiento, pero enemigo de los cristianos, perecería por el fuego en medio mismo de la ciudad. Curó á una mujer que desde muchos años sufría en extremo por un flujo de sangre. Libró á una doncella de la tiranía del demonio, quien se había apoderado de su cuerpo. El historiador Cirilo dice que su padre fué testigo ocular de este postrer milagro, que él no lo dejó casi en todo el tiempo que estuvo en Escitópolis; que muchas veces había honrado su casa con su presencia, y que su madre había tenido la dicha de recibir su bendición. Había en estos países un santo anacoreta, llamado Juan, muy ilustrado en las cosas divinas y muy rico en virtud. Había perdido la vista, sea por las vigiliass, sea por la abundancia de lágrimas de compunción, sea en fin por la caducidad de su edad; pues hacía ochenta años que estaba en el monasterio, de los cuales había pasado cincuenta encerrado en su celda, y se cuenta que en todo vivió más de cien años. San Sabas quiso verle, y al ir, fué cuando curó la mujer afligida por el flujo de sangre.

A su regreso á Jerusalén el patriarca Juan le invitó á comer con muchos otros superiores, y en la mesa los colocó entre él y Antonio su hermano, obispo de Ascalón. Aunque el Santo particularmente ayunase con muchísima austeridad, no reparaba, cuando tenía huéspedes en su monasterio ó se hallaba en ocasiones como la de que hablamos, en comer lo que le presentaban; pero jamás traspasaba los límites de la templanza monástica: y como el patriarca Juan y su hermano Antonio le instaran que comiera, respondióles: « Perdonadme, Padres míos, yo como cuanto necesito. » San Teodosio, quien se hallaba presente, les dijo con agrado: « El Señor Sabas está tan hambriento, que vosotros dos no bastaríais para saturarle. » A lo cual el patriarca Juan respondió: Ese hombre de Dios imita al santo Apóstol que decía: *« Yo sé llevar la pobreza y sé usar de la abundancia. Yo estoy instruido para todas las ocasiones y para todas las cosas, sea que convenga sufrir el hambre, ó ser saturado, sea que convenga estar provisto de bienes, ó llevar la pobreza. Yo lo puedo todo con la gracia de Aquel que me fortifica (Philip. 12-13).*

Sobre lo que acabamos de decir el historiador Cirilo hace notar que este incomparable Santo era de un carácter siempre igual; de una dulzura y de una sencillez admirables; que sobresalía en prudencia y discreción, y que su caridad era pura y sincera. Dice que vivía en cordial unión con San Teodosio; y que estando colocados á la cabeza de todos los monjes de la Palestina, aquel de los anacoretas, y Teodosio de los cenobitas, ambos eran verdaderos hijos de luz, hombres de Dios, fieles siervos, las columnas y el apoyo inquebrantable de la verdad, y unos varones animados de los más santos deseos. Añade que se les podía considerar como los jefes de un ejército muy numeroso de solitarios, quienes, por la experiencia que tenían en la dirección de las almas y en los deberes monásticos, marcha-

ban á su cabeza y les dirigían con seguridad en el camino que conduce al reino de los cielos.

Ellos se comunicaban recíprocamente sus luces y sus designios, y algunas veces san Sabas decia á san Teodosio, para principiar la conversación : « Vos no sois más que el jefe de los niños, llamando así á los cenobitas á causa de su dependencia del superior del monasterio ; en cuanto á mí, yo soy el superior de los superiores, pues cada uno de aquellos que me están sometidos hallándose solo en su celda, es su propio superior ; » lo que hacía mucha gracia á san Teodosio.

La muerte del patriarca Elias, fallecido en su destierro, había sido seguida de una sequía que causó durante cinco años un hambre horroroso en la Palestina. En esta terrible calamidad se podía reconocer fácilmente la venganza que el Cielo tomaba de la injusticia cometida contra este obispo. Hacía ya cuatro años que duraba la sequia, y faltando el agua á los religiosos del monasterio, sin que hubiese señal alguna de lluvia, por más que fuera esto en el mes de mayo, se presentaron al Santo, diciéndole que no podían permanecer más en este sitio sin peligro de morir. El santo les reprochó su poca sumisión á la Providencia, y su poca paciencia en los molestos acontecimientos de la vida. Enseguida les dijo : « Yo tengo esta confianza en la bondad de Dios, que dentro tres dias vuestros depósitos estarán llenos ; id á preparar lo necesario para la conduccion de las aguas, y veréis que el Señor os visitará, concediéndos lo que deseais. » En efecto, todavia no habían transcurrido los tres dias, que se vió aparecer una nube que cubrió todo el monasterio, y las tierras á él anexas, donde derramó una lluvia muy abundante, sin que cayera una sola gota de agua sobre las tierras del Castillo, situado, al oriente de la gruta, ni en las del llamado *Escolario*, situado al norte, ni sobre la grande laura que estaba al mediodía. Los religio-

sos de estos monasterios fueron á presentarle sus quejas. « ¿ Qué crimen hemos cometido nosotros, le dijeron, nuestro venerable Padre, para que nos privéis asi del fruto de vuestras oraciones ? Y él les respondió : No os dejéis abatir ; el Señor se ha dignado proveer á la necesidad de vuestros hermanos por su bendición ; pero estad seguros de que también tendréis el agua necesaria hasta que llueva. »

Sin embargo la sequía continuaba, y con ella el hambre. El mal duraba desde cinco años, y los pobres de Jerusalén mendigaban tanto por agua como por pan. Más aun ; muchos perecían de sed. En esta extremidad, el patriarca temiendo que el pueblo se sublevase, condujo á muchos operarios á los sitios más bajos y húmedos, para cavar hasta que encontrasen agua. Al efecto fué al torrente de Siloé, cerca de la columna de san Comio, sobre el camino que conducia á la gran laura, y después de haber allí escavado hasta la profundidad de cuarenta brazas, no halló agua, lo cual le afligió en extremo. Divulgó su dolor á un hombre capaz para darle un buen consejo, y quien había tenido muchos cargos municipales, el cual le dijo : « He sabido, no há mucho tiempo, que el abad Sabas con sus preces ha obtenido de Dios la lluvia para uno de sus monasterios ; de modo que todos sus receptáculos han quedado llenos. »

El arzobispo ya no pidió más ; hizo llamar al Santo á la casa episcopal, como para hablarle de algún asunto, y cuando hubo llegado, lo llamó aparte y le exhortó mucho á que rogase al Señor perdonara á su pueblo, á quien veia consumirse por el hambre y la sed, añadiendo : « Si es por mis pecados por lo que Dios ha enviado esta calamidad, ¿ porque ha de caer sobre este pueblo, ya que soy yo el culpable ? »

« Pobre de mí ! le respondió el Santo, ¿ quien soy yo para